

“ARISTÓTELES COMO ANTECESOR DE LA HERMENÉUTICA ANALÓGICA”

Mauricio Beuchot Puente

Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

En estas páginas me propongo señalar una gran aportación de Aristóteles a la hermenéutica, que es la analogía. Consiste en la idea de una significación múltiple, pero no irreductible, como la de la equivocidad, sino que se puede reducir o conmensurar, o ponerle límites, aunque nunca va a alcanzar la unidad y claridad de la univocidad. De hecho, es un modo de significar o de predicar que se coloca entre la univocidad y la equivocidad, y tan no alcanza la primera, esto es, la identidad, que siempre se dijo que se acercaba más a la segunda, a la diferencia.

Primero quiero señalar algunos antecedentes en el uso que de ella, la analogía, hicieron los pitagóricos, y luego pasaré a la que es propiamente la de Aristóteles. De esta manera se verá mejor la aportación del Estagirita a la hermenéutica, porque, como trataré de hacer ver, es de mucha ayuda y aplicación para la interpretación. Nos ayuda a acercar significados y a separarlos, a diferenciarlos.

Sobre los antecedentes pitagóricos

Aristóteles es sin duda el genio de lo que ahora llamamos analogía. Ya había algunos señalamientos de este concepto, como en los pitagóricos, pero Aristóteles añade usos y contenidos diferentes. En cuanto a los pitagóricos, si uno va al índice de palabras (Wortindex) de la obra clásica e imprescindible de Hermann Diels y Walter Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, en el 3er volumen, y busca

el término “analogía”, se percatará de que son pitagóricos los que la emplean¹. Se dirá que quizá es un término introducido por los doxógrafos posteriores, y que los pitagóricos no la llamaron así, pero por lo menos estaba el concepto. Se encuentra tres veces en los fragmentos presocráticos que esos dos filósofos filólogos nos han conservado. La palabra está en Filolao de Crotona (A13: I 400, 30), en Arquitas de Tarento (A19, como proportio: I 429, 31; A23a: I 430, 38 y B2: I 436, 4), en los pitagóricos (31B96: I 345, 23, B16: I 455, 15) y está en Hipócrates (I 396, 15), que depende de los pitagóricos. En todos ellos tiene un carácter matemático, ya sea aritmético, geométrico o músico: la armonía. Desemboca y se sintetiza en esta noción de armonía, que depende de la proporcionalidad, esto es, de la analogía.

En Filolao y Arquitas tiene, pues, un sentido de proporción matemática. En los médicos, como en Alcmeón de Crotona e Hipócrates de Quíos, tiene un uso biológico o médico, aplicando las proporciones de los humores a la proporción o equilibrio de las pasiones o pulsiones psicológicas. De hecho, es lo que los latinos tradujeron como proportio. Es la proporción matemática, como la de que $a:b::c:d$, y conecta los conceptos o las realidades a que se refieren. Proporción tanto aritmética como geométrica y armónica. Recordemos que la música, según ellos, formaba parte de las matemáticas.

Ciertamente este tipo de analogía es importante, porque conecta, relaciona, unifica, une. Y esto se necesita para la matemática y para la lógica. De hecho, si atendemos bien, ya en la proporción pitagórica se encuentra el esquema del silogismo aristotélico, a condición de usar tres términos que se combinan: $a:b::b:c$, es decir, el término medio funciona como común denominador, se elimina y conecta los dos términos extremos como sujeto y predicado, que es lo que se obtiene en la conclusión del silogismo. Según Lukasiewicz, ese formalismo, ya incipiente en Aristóteles, es lo que permite estructurar la silogística como un sistema axiomático.

¹ DIELS, H. – KRANZ, W., Die Fragmente der Vorsokratiker, vol. III, Weidmann, Dublin-Zürich, 196712, p. 43.

Pero la analogía o proporción es importante no sólo por eso. Lo más excelente es que ayuda a conectar categorías diferentes, ámbitos distintos, es una especie de lógica de la diferencia, de la aceptación o respeto por la diferencia. Ya de suyo en la analogía predomina la diferencia, se acerca más a la equivocidad que a la univocidad. Sin embargo, conecta lo que es posible conectar, como no perdiendo una inclinación al menos tendencial a la univocidad. Así conectaron los pitagóricos la proporción matemática de la armonía con la física, con la biología y la psicología, de modo que la proporción de los humores era la salud del cuerpo, y su temperamento y carácter. Así la paz del alma era una armonía de los elementos y facultades del cuerpo, así como de sus pasiones. La misma alma era vista por Filolao como la armonía misma del cuerpo. También se aplica a la política, pues era una proporción de fuerzas análoga a la del hombre, el cual fue visto, al parecer con Alemaco Crotoniata, como el microcosmos, el análogo del mundo, de todo el universo.

Otro uso de la analogía o proporción era en la psicología y la ética, con la idea de virtud, de areté. Ya en la idea pitagórica de mesoótes, de término medio, está presente. Sobre todo en la phrónesis o prudencia, que es proporción o medida en las acciones y también es proporcionar adecuadamente los medios para conseguir los fines. Asimismo, la templanza es proporción, sentido de la medida en cuanto a las necesidades humanas, sobre todo para dejar algo a los demás. La fortaleza es asimismo proporción, pues consiste en dar constancia o persistencia a la templanza. Y la justicia es igualmente proporción. La justicia conmutativa y la legal, proporción aritmética, y a la justicia distributiva pertenece la proporción geométrica. De este modo, las virtudes tienen como esquema o estructura la proporción, corresponden a una vida proporcional, proporcionada, templada o equilibrada, según el contexto o la circunstancia en que se encuentra.

La analogía en Aristóteles

Pero el Estagirita casi no usa la palabra analogía en el sentido anterior. En cambio, lo que me parece que funge en el Estagirita como analogía, más que la de una proporción, es la que los medievales llamaron de atribución, y él atribución *pròs hen*. Es muy sabido que Joseph Owens la ve como un tipo de equivocidad, pero esto no tiene problema². Todavía Domingo de Soto, en sus *Summulae*, divide la equivocidad en dos, a casu y a consilio, y esta última es la analogía. Como diciendo que hay dos tipos de equivocidad, la verdadera y la analogía. Más fuerte ha sido Pierre Aubenque, el cual ha dicho que la analogía del ser no fue algo de Aristóteles, sino de los teólogos medievales³; pero creo que con esa precisión se puede ver el *pròs hen* como cierto tipo de analogía. Y pasaré al *pròs hen*, ayudado por el libro de Teresa Oñate⁴.

Efectivamente, Oñate, después de referirse a los textos de Aubenque, hace una aclaración muy pertinente: “Así pues, ¿debemos excluir la vía analógica de explicación del auténtico aristotelismo? Se debe reparar en un asunto, a nuestro parecer poco tenido en cuenta por la crítica. A saber: que la recusación de la vía analógica, estando perfectamente fundada en lo que se refiere a la unidad de significaciones del ser -que, como veremos a continuación, es una unidad *pròs hén*, sin lugar a duda posible, en Aristóteles y en contra de la confusión medieval-, no por ello puede, sin más, ser excluida de la consideración...”⁵ Para ella, y en esto está de acuerdo con Owens, la analogía y el *pròs hén* comparten el ser equivocidad limitada. Y esto es lo que me interesa, que ambas ponen límites a la equivocidad, pero me interesa más el *pròs hén*, porque resalta más la diferencia.⁶

En la *Metafísica*, sobre todo en el libro Gamma o IV, dice que el ente se dice de varias maneras, pero en orden a una cosa, y no equívocamente (ouk homónimos)⁷. El que contraponga esta multiplicidad de sentidos a la equivocidad u homonimia, autoriza para pensar en la analogía, pues la univocidad o sinonimia queda excluida. Se trata, pues, de

² OWENS, J., *The Problem of Being in the Aristotelian "Metaphysics"*, Pontifical Institute of Medieval Studies, Toronto, 19784.

³ AUBENQUE, P., *Le problème de l'être chez Aristote*, PUF, Paris, 1972, pp. 198 ss.

⁴ OÑATE Y ZUBÍA, T., *Para leer la Metafísica de Aristóteles en el siglo XXI. Análisis crítico hermenéutico de los 14 lógoi de Filosofía Primera*, Dykinson, Madrid, 2001, pp. 336 ss.

⁵ *Ibid.*, p. 337.

⁶ *Ibid.*, p. 340.

⁷ ARISTÓTELES, *Metaph.*, IV, 2, 1003a33.

una significación analógica. Y en seguida usa el clásico ejemplo de “sano”, que se atribuye a varios predicados en sentidos distintos, pero ordenados; al organismo propiamente, al alimento porque conserva la salud, al medicamento porque la restituye, y a la orina porque es signo de ella. Y el ente se dice de muchas maneras pero en orden a un principio (pròs mían arjé).

En el libro Delta o V, que es una especie de diccionario de filosofía, dice en varias partes de ciertos términos “pollajós légetai”, se dice de muchas maneras. Lo dice, por ejemplo, del ser, el ser se dice de muchas maneras. Entre ellas, la primera o principal es como ousía, como esencia o substancia. O sea que el ser se predica principalmente de la ousía o del ti esti⁸. Pero también se predica o atribuye, de una manera derivada, de la cantidad (posón), de la cualidad (poión), de la relación (pros ti), de la acción (poiein), de la pasión (pásjein), del lugar (pou), del tiempo (póte), sin mencionar allí la posición () y el hábito (hexis). Vemos aquí que hay una jerarquía, una especie de deducción trascendental de las categorías. El ser se dice de muchas maneras, pero maneras jerarquizadas, según grados de ser, con un orden.

La causa también se dice de muchas maneras⁹, de cuatro¹⁰, pero ordenadas jerárquicamente. Primero la causa final, que es la que comanda la causación. No hace el ser de las causas, pero las hace ser causas, las mueve a causar. Pues según el fin, la causa eficiente proporciona la materia a la forma, que se recibe en ella.

Lo mismo la naturaleza¹¹, que se dice primero de la substancia, luego la materia, las generaciones y el crecimiento. Lo mismo lo necesario¹², que primero es lo simple, luego lo inevitable, lo forzoso y lo violento. También el uno¹³ se dice de muchas maneras, primero del uno per se o substancial y luego del uno per accidens o por agregación. Incluso llega a decir Aristóteles de los conceptos metafísicos que, “puesto que el ente y el uno se dicen de muchas maneras, necesariamente les seguirán también las demás cosas que se siguen según ellos, de suerte que también lo idéntico, lo otro y lo contrario serán distintos según cada categoría”.¹⁴

⁸ Ibid., V, 7, 1017a24-27.

⁹ Ibid., V, 2, 1013b5.

¹⁰ Ibid., 1013b16.

¹¹ Ibid., V, 4, 1015a13.

¹² Ibid., V, 5.

¹³ Ibid., V, 6.

¹⁴ Ibid., V, 10, 1018a35.

En la *Ética a Nicómaco*, se habla del bien, que también se dice de muchas maneras, pero jerarquizadas. De manera más impropia se dice del bien que es medio, porque el bien es el fin, y ese bien es el que menos tiene condición de fin y más de medio. Así, el supremo es el que no es medio, sino fin, y es la virtud, sobre todo la contemplativa¹⁵.

En consonancia con esto, está en la misma *Ética a Nicómaco*¹⁶, en la que la amistad coincide significativamente con el bien. También la amistad se dice de muchas maneras, pero jerarquizadas. Así, la amistad más baja es la amistad útil, en la que se quiere al amigo porque ayuda, porque sirve, porque presta dinero o nos apoya. Un tanto mejor es la amistad deleitable, porque no se usa al otro como medio, aunque todavía no se lo tiene como fin. Y la amistad superior es la amistad honesta, en la cual se quiere el bien del amigo, lo quiere como un fin, se quiere su bien, sobre todo el de la virtud. Es la amistad virtuosa o la amistad para la virtud.

Tal es la idea de analogía más propia de Aristóteles, o el *pròs hén* o el *del pròs hén*. Ciertas cosas, que son las más propias de la filosofía, se dicen de muchas maneras, de maneras diversas, pero ordenadas, incluso jerarquizadas, lo cual no quiere decir rígidas.

Para Aristóteles, la significación unívoca es muy rara. Solamente la buscan los matemáticos¹⁷. Y la significación equívoca, si no se tiene cuidado con ella, conduce a la falacia de equivocación y a la de anfibología. Es tan importante esto que, después, se llegó a sostener una reducción de todas las falacias a la de equivocación, con lo cual se resalta la importancia de ese peligro de jugar con la equivocidad.

Así, hay cosas que son sinónimas, esto es, unívocas, las que se dicen con un mismo nombre y la enunciación de la esencia según ese nombre es la misma, y otras homónimas, esto es, equívocas, las que se dicen con el mismo nombre pero con la enunciación de la esencia según ese nombre es diferente¹⁸. A ellas se añade la analogía y el *pros hen*, que admiten diferentes sentidos o muchas maneras de decirse algo, sin que por ello caigan en la equivocidad.

¹⁵ IDEM, *Eth. Nic.*, I, 7, 1098a12 ss.

¹⁶ *Ibid.*, VIII, 3, 1156a6 ss.

¹⁷ *Ibid.*, I, 3, 1094b26.

¹⁸ IDEM, *Cat. I*, 1a1-6. El propio Aubenque admite que son los que serán llamados "unívocos" y "equívocos" por los escolásticos (Aubenque, P., *op. cit.*, p. 174).

La analogía, el pròs hén y la hermenéutica

Creo que el pròs hén tiene varias aplicaciones en la hermenéutica. En primer lugar, crea una multiplicidad de significados posibles y válidos, más de lo que se puede aceptar en una actitud sinonímica o unívoca, en la que se pretenderá que sólo uno tenga en exclusiva esa adecuación de significado, y, por lo tanto, sólo cabe una única interpretación como válida. Pero tampoco abre el abanico tanto que todas las interpretaciones posibles sean válidas, como ocurriría en la homonimia o equivocidad, donde todas las interpretaciones son válidas y complementarias. Si la hermenéutica unívoca se cancela porque donde hay una única interpretación válida no queda espacio para la interpretación, la hermenéutica equívoca se autodestruye porque donde no hay límite para las interpretaciones válidas, la misma interpretación sale sobrando.

La interpretación, el interpretar, se dice de muchas maneras (pollajós légetai), es decir, no se dice de un solo modo, como en la univocidad, pero, como también recalca Aristóteles, tampoco de todos, con equivocidad (ouk homónimos). Se dice de muchas maneras, pero no equívocamente. Esto es, admite muchas interpretaciones, pero no con equivocidad. Las admite siguiendo un orden, con arreglo a un principio o a una principal. Así, el pròs hén hace que quepan muchas interpretaciones de algo, de un texto, pero ordenadas jerárquicamente, de modo que habrá una principal, una que será el pròs hén, y otras que serán secundarias o derivadas, que participarán de ese pròs hén su corrección o validez.

De este modo se evita la tentación de una hermeneusis infinita, de una interpretación que no tiene fin, que nunca alcanza el significado. Ciertamente el pròs hén implica que no se alcanza el significado definitivo, sino sólo una aproximación que es la más cercana, la mejor, pero no la única. Según diversas consideraciones, otra de ellas puede ocupar ese puesto de la mejor, o intercambiarlo con otra de acuerdo a la perspectiva que se adopte. Y esto no significa caer en el equivocismo, pues hay límites en la interpretación, que evitan ese

desbordamiento de los significados y las interpretaciones válidas en una inmensa ola que destruye toda seriedad a su paso.

Y el que haya un pròs hén, una interpretación principal, tampoco significa que se vuelva al univocismo, como lo han dicho algunos, alegando que ese significado principal está tomando el lugar del significado unívoco, de la interpretación única válida, porque no es así, no tiene el carácter de una interpretación sola y definitiva, como es la que se requiere en una postura univocista de la interpretación, en una hermenéutica unívoca.

Otra cosa más en la que el pròs hén puede orientar es con respecto al sentido literal y el sentido alegórico. Casi se puede decir que la historia de la hermenéutica es la de la pugna entre el sentido literal y el sentido alegórico, esto es, entre literalistas y alegoristas. La cual sigue en la actualidad, los literalistas son los pragmatistas analíticos, como Umberto Eco, que defiende el sentido literal en contra de Richard Rorty, neopragmatista post-analítico, que llegó a sostener que sólo hay sentido alegórico en los textos¹⁹. La predicación pròs hén puede abarcar desde un sentido muy literal hasta un sentido completamente alegórico; pero hará ver que el sentido literal pleno es inalcanzable, y que el sentido alegórico total mata al autor, y sólo deja el texto a merced de la creatividad del lector. Hace totalmente prescindible al autor, su intencionalidad, lo que quiso decir, y con ello el texto es un mero pretexto, hasta se podría prescindir de él, también hace prescindible el texto. El pròs hén nos haría ver que hay una interpretación principal, pero que caben muchas más, y tendrán su propia fecundidad según el grado de aproximación que se necesite hacia la literalidad o hacia la alegoricidad.

Otra cosa en la que nos puede ser de mucha utilidad el pròs hén es en el significado tropológico, en los tropos del lenguaje o literarios (retórico-poéticos), sobre todo la sinécdoque, la metonimia, la metáfora y la ironía. Quedémonos con la metáfora y la metonimia, que con ello tenemos suficientes dificultades. El significado o predicación pròs hén abarca desde el significado metonímico (en el ejemplo de Aristóteles

¹⁹ RORTY, R., "El progreso del pragmatista", en Eco, U., Interpretación y sobreinterpretación, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, p. 101.

²⁰ ARISTÓTELES, Met., V, 7, 1017a.

(de Metafísica, V, 7)²⁰, “sano” se dice propia y prioritariamente del organismo; pero también se dice sano el alimento, el medicamento, la orina e, incluso, el clima, el ambiente y la amistad, pero esto ya es sólo metafórico. Así, una hermenéutica vertebrada sobre el modelo de la predicación *pròs hén* abarcará desde el significado metonímico hasta el metafórico. Pero siempre el metonímico se ha considerado como el ideal y el metafórico como el sucedáneo. La interpretación metonímica tendrá, para ciertos textos, esa idealidad, será la interpretación principal, y la interpretación metafórica tendrá un rango secundario, pero importante, incluso imprescindible para ciertos textos. Poniendo casos, los textos científicos exigirán una lectura más metonímica, y los textos literarios una más metafórica. Así se evita su antinomia, y se vuelven complementarios.

Esto lo ha recalcado muy bien Teresa Oñate, al hablar de un carácter mediador del *pròs hén*. Afirma: “El estatuto intermedio-mediador de la relación *pròs hén* en este conflicto (entre el reduccionismo monista de una ontología de la sinonimia conducida por un auténtico absolutismo de la esencia- y la disolución del ser en el lenguaje meramente alusivo de la sola atribución inesencial -absolutismo del accidente- que contiene la pura homonimia del ser), confiere a la unidad referencial (*pròs hén*) el carácter de un verdadero mesótes ontológico, instaurado el cual la sinonimia y homonimia puras aparecen como los extremos o excesos desequilibrados, que resultan de su mutua exclusión, de su parcial y aislada pretensión absoluta”.²¹ Es decir, así como la predicación *pròs hén* tiene ese carácter no sólo intermedio sino, además, mediador, una interpretación *pròs hén* tendrá la capacidad de reunir, en un mesótes hermenéutico, el sentido literal y el sentido alegórico, la metonimia y la metáfora. No como una mezcla, sino como ruptura del dualismo, lucha contra la dualidad y la dicotomía, para buscar una conmensuración y una reducción o acercamiento de los opuestos. Una verdadera dialéctica.

²¹ OÑATE Y ZUBÍA, T., op. cit., p. 342.

Desembocadura en una hermenéutica analógica

Vemos que las aportaciones de Aristóteles, con la recuperación de la analogía de los pitagóricos y con la añadidura del *pròs hén*, que seguramente tenía raíces platónicas, con la visión jerárquica de la realidad que tenía su maestro, nos conducen a una hermenéutica analógica.

Algunos, como Aubenque, han dicho que la analogía no fue propia de Aristóteles, sino el *pròs hén*, y que la analogía fue invento de los teólogos medievales, pero me parece que toda una tradición acepta que el Estagirita tuvo al menos en el concepto lo que después se llamó analogía de atribución, la cual se coloca al lado de la de proporcionalidad, de los pitagóricos.

Esto nos habla de la riqueza de la analogía, y de las ventajas que ofrece al ser aplicada a la hermenéutica, para darnos una interpretación equilibrada y comedida, módica y moderada. Es decir, trata con una *phrónesis*, de aprovechar las bondades y evitar los inconvenientes de los dos extremos de las hermenéuticas unívocas y equívocas.

Una hermenéutica unívoca es como la del positivismo y cientificismo, que tiene la pretensión de llegar a una interpretación definitiva, única. Una hermenéutica equívoca es como la de muchos en la posmodernidad, que se abren demasiado a una interpretación indefinida, infinita, etc. Todo eso ha hecho mucho daño a la hermenéutica. Tanto el univocismo como el equivocismo en la interpretación llegan a hacer inútil la hermenéutica. Por eso se tiene que ir más allá de esos extremos.

A diferencia de todo eso, una hermenéutica analógica trata de evitar el inconveniente de la hermenéutica unívoca, que es pretender una interpretación completamente clara y distinta, y trata de aprovechar su ventaja, que es no perder la tendencia hacia el rigor y la claridad. Trata de evitar el inconveniente de la hermenéutica equívoca, que es

rendirse a una dispersión de las interpretaciones, que a veces no tiene límite, y, poniéndole límite, trata de ganar su ventaja, que es abrir lo más posible el abanico de las interpretaciones que se pueden admitir.

En la actualidad tenemos esa polarización que marca la lucha entre el cientificismo univocista y el relativismo equivocista. Es una muestra del nihilismo que nos ahoga en la actualidad. El nihilismo univocista es el que señaló Heidegger, del lado de la ciencia y la técnica, cuando no se tiene más que lo que él llamaba la violencia teórica. El nihilismo equivocista es el que hemos visto en algunos teóricos posmodernos, que resaltan tanto la diferencia, que nos quedamos sin ninguna capacidad de conmensurar las otredades, y llegamos a un callejón sin salida en el que no hay ninguna posibilidad de universalizar o ni siquiera de detener la alocada corriente de lo fragmentario y atomizado. Tenemos que poder salir de ahí.

De modo que una hermenéutica analógica está plenamente en la línea de Aristóteles. Podría pensarse que sólo recoge el *pròs hén*, pero quiere hacer la recuperación completa, y retomar también la analogía de proporción de los pitagóricos. Los pitagóricos, Platón y Aristóteles son ya una gran tradición, que es la de la analogía. Ahora que estamos, después de un tiempo de mucha univocidad, con los cientificismos y positivismos al uso, en un tiempo de una gran equivocidad, por los relativismos y subjetivismos que amenazan llevar hasta el escepticismo y el nihilismo, es cuando se aprecia mejor la oportunidad y vigencia de una hermenéutica analógica. Ésta recoge la tradición mencionada, que es de búsqueda de apertura pero también de no perder el rigor, no entendido como rigidez, sino como seriedad. Apertura y seriedad. Eso es lo que estamos necesitando en nuestra filosofía de hoy.

Conclusión

Ojalá haya podido señalar la importancia de esa aportación de Aristóteles a la hermenéutica que es la analogía y el *pròs hén*. Es la capacidad de tener varios sentidos sin que por ello se incurra en la equivocidad; es, por así decir, una equivocidad limitada, domeñada, un poder dominar el alocado torrente de la equivocidad para jugar con ella, para lograr algún conocimiento. Es casi reconocer que la realidad, en cuanto movediza, padece equivocidad, ambigüedad, vaguedad, y hay que restarla, domesticarla, urbanizarla. Tal es la excelencia de la analogía y del *pròs hén*. Tienen la fuerza suficiente para evitar el monismo absolutista de la sinonimia o univocidad de Parménides y Platón, así como el pluralismo desordenado e irreductible, como marejada incontenible, de los sofistas y su relativismo equivocista.

Con ello nos ha dado la posibilidad de aplicar el *pròs hén* a la hermenéutica, e interpretar los textos de manera abierta, sin exigir a priori la univocidad en la interpretación, sino poder dar cabida a la multiplicidad de sentidos, de toda la variedad de interpretaciones que resulte admisible, sin derrumbarnos en la equivocidad, la cual diluye la misma interpretación y a la larga la hace imposible. Nos permite tener apertura, es una hermenéutica abierta, pero también cierre, límites, es decir, una hermenéutica abierta pero con límites sin rigidez. Con ello excluimos tanto el absolutismo de la esencia como el relativismo extremo en el que incurrimos cuando jugamos demasiado con la diferencia.